

1



Las dos llegadas

Dos semanas después de zarpar de Génova, Italia, el barco de pasajeros Princesa Mafalda vibra y se sacude violentamente cuando el eje de transmisión de la hélice de estribor se rompe en mil pedazos en las oscuras aguas frente a la costa de Brasil. El eje se desprende, gira y abre enormes brechas en el casco. Una ola monstruosa empuja al barco y lo engulle...*

En algún lugar, al otro lado del Atlántico, a primeras horas de la mañana, el cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires, dormía en su asiento del amplio avión. Cuando las ruedas del

* Aunque en América Latina se lo conocía así, el nombre original del barco, en italiano, era *Principessa Mafalda*. (N. de la T.)

aparato chirriaron al frenar sobre la pista del aeropuerto de Fiumicino, el cardenal despertó. Acababa de aterrizar en Roma. Había estado volando toda la noche desde Buenos Aires, Argentina. La curia romana lo había convocado a Roma junto con otros ciento quince cardenales de todo el mundo, para elegir a un nuevo Papa, que se convertiría en el líder de la Iglesia católica. Cuando todos los cardenales estuviesen reunidos, integrarían el Colegio Cardenalicio. La elección de un nuevo Papa es un acontecimiento de suma importancia y el mundo entero esperaba expectante.

Dos semanas antes, el papa Benedicto XVI, Joseph Ratzinger, el todavía Papa y amigo del cardenal, había renunciado inesperadamente.

Sentía que, debido a su avanzada edad, no tenía más fuerzas para cumplir con sus obligaciones. Era la primera vez que un Papa renunciaba desde que lo hiciera el papa Gregorio XII, en el año 1415.

El cardenal miró su reloj. Eran las 9.30 de la mañana del 3 de marzo de 2013. Hacía mucho tiempo que no dormía hasta tan tarde. Habitualmente se despertaba con toda puntualidad a las 4.30 de la madrugada. Las 9.30 para él era la mitad del día. Estiró las piernas y sus pies chocaron con el asiento

que tenía delante. Cuando la Iglesia lo había convocado a Roma, le habían ofrecido un lujoso asiento en primera clase, pero él lo había rechazado. «Donen la diferencia del pasaje a los pobres —les indicó—. Ellos necesitan el dinero más de lo que yo necesito un asiento de lujo.» Jamás viajaba con las vestiduras de cardenal y llevaba puesta la sotana negra de sacerdote.

En marzo todavía hace frío en Roma. El cardenal se puso un abrigo oscuro. Apenas si podía esperar para llegar a la ciudad y caminar entre la gente. Sus padres, Mario y Regina, procedían del norte de Italia y había aprendido a hablar fluidamente el idioma cuando era chico, gracias a su abuela Rosa, quien se valía del relato de los incidentes en torno a su nacimiento para enseñarle al niño Jorge una saludable dosis del idioma de sus ancestros.

Rosa Bergoglio se paseaba frente a su marido, Giovanni, y su hijo, Mario, que estaban sentados en un sofá, en el salón de la casa familiar, situada en el cuarto piso de un edificio de apartamentos en Buenos Aires. Era el 17 de diciembre de 1936. Mario, nervioso, dio un salto al oír los gritos de su esposa, Regina.

—¿Ha muerto? —preguntó.

Rosa, su madre, dándole un empujoncito, lo ayudó a que volviera a sentarse.

—No, Mario. Está dando a luz. Dale un respiro.

Giovanni Bergoglio palmeó la espalda de su hijo.

—Esto es lo que pasa cuando nace un chico. Y no te olvides. Todos los bebés traen un pan bajo el brazo.

Mario asintió respetuosamente.

—¿Vos tuviste miedo cuando yo nací, papá? —preguntó.

Rosa le lanzó una mirada a Giovanni, que pareció encogerse ante sus ojos atentos.

—Yo estaba en el bosque.

—Se había ido a dar un paseo —terció Rosa—. No podía aguantar la tensión.

Mario se rió y Rosa sonrió tiernamente a su marido.

—Tu madre tiene razón —comentó Giovanni—. Estaba muy nervioso.

En ese momento se oyó el llanto de un niño en la otra habitación, y Rosa y Giovanni se miraron. Ella asintió y sonrió. Nadie dijo ni una palabra hasta que entró la partera con el hijo recién nacido de Mario en sus brazos. El bebé lloraba, y sus gritos resonaban en las paredes de la casa.

—¡Felicitaciones! ¡Es un varón! —anunció.

»A Regina le gustaría llamarlo Jorge Mario —añadió la partera, depositando al niño en brazos de Mario.

Mario tomó al bebé, miró a su madre y a su padre y preguntó:

—¿Será muy pronto para llevar a Jorge a ver su primer partido de San Lorenzo?

Todo el mundo se rió.

2



Los dos continentes

Mientras el cardenal esperaba en la cola de la aduana, abrió su maletín negro para asegurarse de que tenía su breviario de oraciones en dos volúmenes, su agenda, su billetera, y su pasaje de vuelta. La gente creía que el nuevo Papa probablemente sería italiano o estadounidense. El cardenal no esperaba ser electo Papa esta vez. Eso se había acabado para él, cuando en el año 2005 había quedado en segundo lugar, detrás de su amigo, el papa Benedicto XVI. Esperaba volver a Buenos Aires a tiempo para Semana Santa. Había escrito una homilía durante el vuelo y apenas si podía esperar para ofrecerla a la multitud de fieles, una vez que hubiera regresado a casa.

Pero había un viejo dicho, que su padre, Mario, solía decirle a él y a sus hermanos y hermanas, cuando estaban convencidos de que sabían cómo

iban a salirles las cosas. El padre afirmaba que procedía de algo que una vez había dicho el gran Albert Einstein: «¿Querés que Dios se ría?, entonces hacé planes».

Mario Bergoglio, el padre del cardenal, tenía sólo veintiún años en 1927.

Iba rebotando en el asiento de su carreta, tirada por un caballo cuando se aproximó al puerto de la ciudad italiana de Génova.

Al llegar a los muelles, tiró firmemente de las riendas. «¡Ferma!», le ordenó al viejo caballo, que afortunadamente se paró de golpe. Había estado viajando durante un día entero, desde su montañoso pueblo en Portacomaro, unos cien kilómetros al norte.

Mario se bajó de un salto de la carreta y se dirigió rápidamente a la compañía Navigazione Generale Italiana, situada cerca del muelle, se quitó la gorra y entró.

Allí se sentó frente al agente de reservas, que lo miró como si fuera de Marte. Algo no estaba bien. El hombre examinó sus papeles. Volvió a mirarlo. Mario se movía incómodo en su asiento.

—Me temo que todos los camarotes del Princesa Mafalda están reservados —dijo finalmente el agente.

—Pero mi familia hizo las reservas hace meses
—argumentó Mario, buscando en un bolsillo interior de su chaqueta y sacando un trozo de papel doblado; lo abrió y lo deslizó a través del escritorio hacia el empleado de la compañía.

El agente recogió el trozo de papel con parsimonia, le echó un rápido vistazo, y lo volvió a deslizar en dirección a Mario.

—La tarifa de estos pasajes, por lo que veo aquí, es demasiado baja —dijo, dándole un toquecito con su dedo al papel—. Alguien ha cometido un error. Este camarote ha sido reservado a un precio mucho más caro.

Y después, estirando el cuello, miró a la familia que estaba en fila detrás de Mario y dijo:

—Siguintes —para indicarles que era su turno de ser atendidos.

—Bueno, ¿hay algo disponible en otra clase? —preguntó Mario, sin moverse de su asiento.

—Ya se lo he dicho. En el buque Princesa Mafalda están todas las plazas agotadas. En todas las clases —le contestó—. ¡Siguintes!

Mario se sintió deprimido. Había soñado con el día en que dejarían su aldea para viajar al nuevo mundo. Allí en Buenos Aires, a sus tíos les estaba yendo bien. Aquí en Italia, las cosas se habían puesto feas. A los Bergoglio les costaba

ganarse la vida. No veía ningún futuro en la aldea de Portacomaro. Y tampoco podía verse a sí mismo viviendo bajo la dictadura fascista de Mussolini, que gobernaba el país con puño de hierro. No podía esperar más para irse.

Pero ahora todos sus sueños estaban rotos.

Dos semanas después, Mario José Bergoglio entró corriendo a la casa de la familia en Portacomaro. Sus padres, Rosa y Giovanni, estaban poniendo la mesa para cenar. Mario desplegó el periódico encima de la mesa, para que todos lo vieran. El titular era uno de los más grandes que jamás habían visto y el tamaño de la tipografía era el que habitualmente se reservaba en exclusiva para anunciar el fin de una guerra. Pero esta vez se trataba de un naufragio:

¡SE HUNDE EL PRINCESA MAFALDA!

Rosa cayó desmadejada en los brazos de Giovanni cuando los tres fijaron la vista en el titular del periódico que estaba sobre la mesa. Durante un largo rato todos guardaron silencio. Finalmente Rosa dijo:

—Es un milagro.

Giovanni miró a su hijo y comentó:

—Mamá tiene razón.

A la familia Bergoglio le llevó dos años más poder abandonar Italia y emigrar a Argentina. Llegaron a Buenos

Aires en enero de 1929. Rosa Bergoglio, que a pesar del calor, iba elegantemente vestida con un abrigo largo, con cuello de piel, fue la primera de la familia que abandonó el barco, el Giulio Cesare. La seguía su marido, Giovanni, y Mario, el hijo de ambos. Un mozo que cargaba equipajes sintió pena por Rosa y se acercó para ayudarla con sus valijas.

—Señora, ¿quiere que le lleve el abrigo también?

—preguntó extendiendo la mano.

Ella se alejó.

—No, señor, gracias. Estoy bien —dijo en perfecto castellano.

El muchacho se encogió de hombros, recogió el equipaje y empezó a trasladarlo. Los Bergoglio lo siguieron hasta un vehículo que los esperaba para llevarlos a su casa.

Se quedaron maravillados al ver su vivienda de la cuarta planta, situada en una calle bulliciosa. Rosa, indecisa, subió al ascensor, animada por su hijo, pero una vez dentro, no tenía ni la menor idea de qué hacer. Jamás había visto un ascensor, ni mucho menos había estado en uno. Hasta ese momento.

—¡Uff! —exclamó cuando salió de la cabina en la cuarta planta.

Inmediatamente se quitó el pesado abrigo que llevaba puesto y después hizo una cosa rara. En lugar de colgarlo, lo extendió sobre la mesa de la cocina. Giovanni y sus

hermanos y Mario llevaron adentro todo el equipaje y lo amontonaron en la sala, sin prestarle atención.*

Rosa tomó un cuchillo de carnicero de un bloque de cuchillos que había en un estante y, sin dudarlo, cortó la costura del forro de seda del abrigo. Después lo levantó y lo sacudió. Como por arte de magia, miles de billetes de lira se desparramaron sobre la mesa de la cocina. Cuando terminó de sacudir el abrigo, lo dejó delicadamente a un lado.

—Pensé que me iba a morir cuando bajé de ese barco —dijo sonriendo—. ¡Hacía demasiado calor!

Giovanni, sus tres hermanos y Mario soltaron la carcajada a la vez.

El cardenal recordó cómo sonaban sus risas en la época en que era un niño que crecía en Buenos Aires. Eso era música para sus oídos. Ahora estaba de vuelta en el viejo mundo: Roma. Roma estaba en el viejo mundo y Buenos Aires en el nuevo mundo. Y él se sentía como si estuviera en casa en ambos mundos.

*Que desde 1922 vivían en Argentina.